

La declaración Schuman. Un recorrido histórico

La Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) y, sobre todo, el problema de sus orígenes, han provocado muchas controversias historiográficas. Presentada por algunos como la encarnación de un ideal federativo que desde tiempo atrás se venía gestando bajo las cenizas de Europa, otros la han visto como la victoria de una forma de proceder muy distinta, basada en una integración sectorial de tipo tecnocrático, poco interesada en los contenidos políticos. Otros, finalmente, han interpretado sus llamados a la solidaridad europea y a la paz como una retórica conveniente para enmascarar los intereses de productores privados, apoyados por sus propios gobiernos.

Fieles a una consigna de necesaria neutralidad en la exposición de los hechos, pero abiertos a la posibilidad de múltiples interpretaciones respecto a sus conexiones causales, intentamos ofrecer en esta sección una selección de fuentes primarias y testimonios de los actores de aquel tiempo. Desde un punto de vista metodológico, somos conscientes del peligro que representa, para los historiadores, el uso de fuentes orales, cuyas afirmaciones se encuentran necesariamente filtradas por la memoria selectiva de los actores. Como redactores de la revista, frente a la dificultad objetiva de poder entrevistar directamente a los personajes involucrados en el nacimiento de la CECA, esperamos que los testimonios recogidos por otros puedan ser un suplemento válido.

Antes de la referida selección de documentos, presentamos una introducción que recorre brevemente la situación de los territorios afectados. Estamos convencidos de que no es posible comprender plenamente el alcance de los problemas que los actores de aquel tiempo debían enfrentar, ni la dificultad de sus elecciones, sin darle un marco histórico de largo plazo. Nos hemos limitado, por cuestiones de espacio, a la situación franco-alemana, sin hacer referencia a la de los otros cuatro estados que fueron miembros fundadores del tratado que dio origen a la CECA: Bélgica, Italia, Luxemburgo y los Países Bajos.

Si bien es cierto que fue Napoleón quien inició la consolidación de los estados independientes a lo largo del Rin en un marco unificado (la Confederación Renana de 1806), la mayor parte de estos territorios (que incluyen los actuales Ruhr, Sarre y Renania¹) se convertirían recién en 1815, con el Congreso de Viena, en el primer núcleo del futuro imperio prusiano.

El imperio unificaría bajo su gobierno todos aquellos territorios, ocupando, luego de la guerra contra Francia (1870-1871), Alsacia y extendiendo su dominio hasta Metz (Lorena). Se trataba, para la nueva Alemania, de su corazón industrial y políticamente iluminado, en contraposición a las llanuras agrícolas de la Prusia dominada por los *Junkers*, terratenientes conservadores.

La unidad geopolítica y económica de la cuenca fluvial renana duró poco, puesto que Alsacia y Lorena fueron recuperadas por Francia después de la primera guerra mundial. Distinto fue el destino de Ruhr, Renania y Sarre. Esta última fue transitoriamente confiada a la administración de la Sociedad de las Naciones por un período de 15 años, mientras que sus minas e instalaciones pasaban a ser propiedad de Francia, resolviendo así, al menos de manera provisoria, el problema creado por el aislamiento de las instalaciones siderúrgicas de Lorena -ahora francesa- respecto a sus fuentes naturales de carbón de coque, que habían quedado más allá de la frontera. En lo que se refiere a los otros territorios fronterizos, Raymond Poincaré, en aquel entonces, presidente de Francia, no logró obtener de los aliados anglosajones más que el permiso de ocupar temporalmente la ribera izquierda del Rin.

En el momento en el que Alemania, golpeada por la hiperinflación, se declaraba imposibilitada para seguir pagando las pesadas reparaciones a las que el Tratado de Versalles (1919) la había condenado, Francia decidía proceder a ocupar el Ruhr no sólo como garantía para obtener los debidos pagos, sino también para reforzar su posición en las tratativas con los angloamericanos sobre el destino de un área crucial.

La ocupación (1923) desencadenó una fuerte reacción alemana, manifestada en primer lugar con una difundida resistencia pasiva, que desembocó en una huelga general, sabotajes, atentados y represión militar por parte de los franceses. Mientras la economía alemana, tan dependiente del buen funcionamiento de las plantas del Ruhr, experimentaba ya una inflación generalizada y estaba por colapsar (el dólar, que se cambiaba por 18.000 marcos en enero de 1923 –contra los 4,20 marcos de 1914–, llegó a costar 4.200.000.000 marcos en noviembre del mismo año), el descontento provocaba reacciones en las zonas limítrofes, sobre todo en Renania, donde se consolidaba un movimiento separatista, alentado por los franceses.

En esta situación explosiva se produciría un cambio de gobierno en Alemania, donde el nuevo canciller Gustav Stresemann formaría un gobierno de coalición y lograría poner fin a la resistencia pasiva en el Ruhr y a los movimientos separatistas en Renania, ofreciendo al mismo tiempo a Francia entablar negociaciones directas sobre el futuro de la zona. Poincaré, prefiriendo una negociación internacional de la que participaran ingleses y americanos, involucrados en la cuestión de las reparaciones de guerra, rechazaba el llamado de Stresemann.

Es difícil sintetizar lo que sigue en esta historia, en la que intereses privados y objetivos públicos se entrecruzaban estrechamente, y en la que se sucedían acercamientos y tensiones entre los dos países. En principio, deben mencionarse los acuerdos de Locarno y el reconocimiento por parte de Alemania de la pérdida de Alsacia y Lorena, junto al compromiso de desmilitarizar Renania. Después de un intervalo de paz ilusoria, Hitler accedió al poder (1933), la región de Sarre volvió a pertenecer a Alemania (luego de un plebiscito en 1935) y se creó un cartel europeo integrado por productores siderúrgicos franceses, luxemburgueses, belgas y de la región de Saar (a los que se sumaron, más tarde, británicos, polacos y checos) que fijaba precios y cuotas. ¿Lograrían los intereses privados superar la potencial conflictividad y responder a las preocupaciones francesas?

Todo lo contrario: será justamente a la sombra de estos acuerdos que se iniciará el rearme alemán, finalizado con la remilitarización de Renania, frente a la que Francia –sin lograr el apoyo del Reino Unido– no será capaz de reaccionar. Los monopolios verticales (que concentraban en las mismas manos carbón y acero) y horizontales, consolidados en el ínterin en Alemania, ofrecerán a Hitler las bases indispensables para un rearme masivo y repentino. Carbón y acero serán los pilares de la potencia militar alemana que someterá a fuego y sangre a toda Europa desde 1939².

Sobre este telón de fondo son retomados después de la guerra mundial los proyectos para resolver la cuestión de Ruhr, de Sarre, de la ribera izquierda del Rin y de los monopolios alemanes. Los intentos de proponer nuevamente las soluciones ensayadas luego de la primera guerra mundial (internacionalización del Ruhr, incorporación de Saar en Francia, etc.) están destinados al fracaso, sobre todo con el surgimiento de la guerra fría y su formalización a través del Pacto Atlántico (1949), con el bloqueo de Berlín y la consolidación de la perspectiva de división de Alemania, que se afianza con el nacimiento de la República Federal Alemana (1949). El país se convierte entonces en la profecía auto-cumplida de la cortina de acero de la que había hablado Churchill en 1946, baluarte de la contención en Occidente del bloque soviético y, al mismo tiempo, piedra angular de la recuperación económica de los países de Europa Occidental.

Entre 1949 y 1950 muchas ideas que tienen que ver con la integración salen a la luz. En el Consejo de Europa se piensa en una autoridad pública que tendría como función brindar asesoramiento para la elaboración de un plan conjunto de desarrollo sectorial. En marzo de 1950, el *Bundeskanzler* Konrad Adenauer defiende frente a un periodista norteamericano la causa de una unión completa entre Alemania y Francia.

Pero es Francia la que se encuentra en el centro de los intentos más elaborados para salir de este intrincado problema. En el centro de

estos intentos, están el ministerio de Asuntos Exteriores y el *Commissariat général au Plan*, creado en el breve gobierno de de Gaulle (1946) para recuperar la producción francesa en el marco de una planificación estratégica sectorial. El *Commissariat* es dirigido, durante sus primeros años de vida, por Jean Monnet, un banquero con gran experiencia internacional³, desligado de cualquier partido político, que tiene una sólida reputación de *problem-solver*, una vasta red de amistades en el mundo anglosajón y un pequeño grupo de colaboradores de raza.

En este contexto, en la primavera de 1950, Monnet escribe una nota de reflexión en la que aclara por qué es necesario abandonar los viejos intentos para buscar una solución dentro de un marco totalmente distinto en el que Francia y Alemania se sitúen en un plano de paridad. Desde esta nota iniciamos nuestro recorrido que, a través de documentos, declaraciones y entrevistas nos ayudará a contextualizar la así llamada declaración Schuman, cuyo 60º aniversario se festeja este año.

Desde cualquier lugar del que se mire, en la situación del mundo actual, no encontramos más que callejones sin salida: la aceptación, cada día más difundida, de la guerra como un evento inevitable, la cuestión alemana, la continuidad de la reconstrucción francesa, la organización de Europa, el lugar mismo de Francia en Europa y en el mundo.

De una situación como ésta no se puede salir más que de un modo: una acción concreta y decidida, sobre un punto limitado pero decisivo, que implique un cambio fundamental sobre ese punto, y, gradualmente, pueda modificar los términos mismos del conjunto de los problemas (...)⁴.

I

Los espíritus se cristalizan sobre un objeto simple y peligroso: la guerra fría.

Todas las propuestas, todas las acciones son interpretadas por la opinión pública como una contribución a la guerra fría.

La guerra fría, cuyo objetivo esencial es hacer ceder al adversario, es la primera fase de la guerra verdadera.

Esta perspectiva crea en los dirigentes una rigidez de pensamiento característica de las personas que persiguen un objetivo único. La búsqueda de soluciones a los problemas desaparece. Esta rigidez de pensamiento, tanto de una parte como de otra, acarrea inevitablemente un choque que surge de la lógica de esta perspectiva. De este choque nace la guerra.

De hecho, ya estamos en guerra.

Necesitamos ya cambiar el curso de los acontecimientos; para ello, es necesario cambiar el espíritu de los hombres. Las palabras no alcanzan. Sólo una acción inmediata sobre un punto esencial puede cambiar el estado de parálisis actual. Esta acción tiene que ser profunda, real, inmediata y dramática; tiene que conducir a un cambio de los supuestos de base que modifique las cosas y que permita que penetren en la realidad las esperanzas a las que pueblos enteros están renunciando. Y así dar a los pueblos de los países "libres" esperanza en los objetivos de largo plazo, creando en ellos la determinación activa de perseguirlos.

II

La situación alemana se convertirá rápidamente en un cáncer peligroso para la paz en un futuro cercano, y para Francia en lo inmediato, si su desarrollo no está dirigido por los alemanes hacia la esperanza y la colaboración con los pueblos libres.

Esta situación no puede resolverse mediante la unificación alemana, ya que sería necesario un acuerdo Estados Unidos - Unión Soviética, imposible de concebir por el momento.

No puede resolverse mediante la integración del oeste alemán con Occidente:

- porque daría la impresión, mirando las cosas desde el Este, de que los alemanes occidentales han aceptado la separación, cuando la unidad tiene que ser su objetivo permanente;
- porque la integración plantea el problema del rearme alemán, y llevaría a la guerra, por ser percibida como una provocación hacia los rusos;
- por cuestiones políticas insolubles.

Y sin embargo, los americanos van a insistir en que la integración de Alemania occidental se haga:

- porque quieren que algo se haga y no tienen otra idea a mano;
- porque dudan de la solidez y el dinamismo francés.

(...)

No tenemos que tratar de arreglar el problema alemán abordándolo a partir de las circunstancias actuales. Tenemos más bien que transformar esas circunstancias.

Es necesario emprender una acción dinámica que transforme la situación alemana y oriente el espíritu de los alemanes, y no buscar una solución estática sobre la base de las circunstancias actuales.

III

El proceso de reconstrucción de Francia no será posible sin una solución rápida del problema de la producción alemana

y de su competencia.

La superioridad que los industriales franceses reconocen a Alemania radica en su producción de acero a precios con los que Francia no puede competir y los lleva a concluir que toda la producción francesa se vería perjudicada.

Alemania pide aumentar su producción de acero de 11 a 14 millones de toneladas. Nosotros lo rechazaremos, pero los americanos insistirán. Al final, aún con reservas, aceptaremos. Al mismo tiempo, la producción francesa se detendrá, incluso disminuirá.

Sólo con vislumbrar estos datos podemos darnos cuenta de sus consecuencias: Alemania en expansión, *dumping* alemán -pedido de protección para las industrias francesas-, fin real o enmascarado de la liberalización del comercio -reconstrucción de los carteles de antes de la guerra-, orientación de la expansión alemana hacia el Este, preludio de acuerdos políticos -Francia vuelve a caer en la senda de una producción limitada protegida.

Las decisiones que van a conducir a esta situación se esbozarán, si es que directamente no se adoptan, durante la conferencia de Londres, bajo presión americana (10 de mayo 1950, conferencia tripartita sobre el futuro de Alemania).

Los americanos no quieren que las cosas se desarrollen así. Aceptarán otra solución si la misma es dinámica y constructiva y, sobre todo, si es Francia la que la propone.

Con la solución que vamos a presentar desaparece el problema de la dominación de la industria alemana, cuya existencia crearía miedo en Europa, sería causa de trastornos continuos y, por lo tanto, impediría la unión de Europa y llevaría una vez más a la pérdida de Alemania. Esta solución, por el contrario, crea para las industrias alemana, francesa y europea condiciones de expansión común en el marco de una competencia sin dominación.

Desde el punto de vista de Francia, esta solución pone a su industria en el mismo punto de partida que la industria alemana, elimina el *dumping* a la exportación que la industria alemana del acero aplicaría, hace que la industria francesa del acero participe de la expansión europea, sin miedo de *dumping* y sin la tentación de construir carteles. Elimina también el miedo que llevaría a los industriales a regresar al maltusianismo, al fin de la liberalización y a transitar los caminos del pasado. Y así sería eliminado el obstáculo más grande para el progreso de la industria francesa.

IV

(...)

Para un futuro de paz, la creación de una Europa dinámica es indispensable. Una asociación de pueblos "libres" con la participación de Estados Unidos no excluye la creación de Europa (Jean Monnet se refiere a la Alianza Atlántica, firmada en abril 1949). Por el contrario, puesto que esta asociación se basa en la libertad y, por ende, en la diversidad, Europa, si es capaz de adaptarse a las nuevas condiciones mundiales, desarrollará sus facultades creativas y así, gradualmente, emergerá como fuerza equilibrante.

Tenemos que abandonar las formas del pasado y tomar el camino de la transformación, a través de la creación de condiciones económicas de base comunes y de la instauración de nuevas autoridades, aceptadas por las soberanías nacionales.

Europa nunca existió. Reunir soberanías en consejos no crea una entidad. Tenemos verdaderamente que crear Europa, una Europa que se manifieste a sí misma y a la opinión pública americana y que tenga confianza en su propio futuro.

Al plantearnos el problema de una asociación con una América tan fuerte, esta creación es indispensable para mostrar que los países europeos no se abandonan al facilismo, no ceden frente al miedo, creen en ellos mismos, y pueden crear sin demora el primer instrumento para la realización de Europa, en el seno de la nueva comunidad de pueblos libres y pacíficos a la que aportará el equilibrio y la continuidad de su pensamiento creador.

V

En este momento, Europa no puede nacer más que de Francia. Solamente Francia puede hablar y actuar.

Pero si Francia no lo hace, ¿qué ocurrirá?

Se creará una aglomeración en torno a Estados Unidos, pero para llevar adelante la guerra fría con más fuerza. Los países de Europa tienen miedo y buscan ayuda. Inglaterra se acercará más y más a Estados Unidos, Alemania se desarrollará rápidamente sin que nosotros lo podamos evitar.

Fuente: Fondation Jean Monnet pour l'Europe, Fonds AMG, 1/1/5. Nota de reflexión de Jean Monnet, 3 de mayo de 1950. El documento ha sido reproducido por el Centre Virtuel de la Connaissance de l'Europe, en su biblioteca digital, ver www.ena.lu. Notar que Monnet, en sus memorias, sitúa el documento en los primeros días de abril, ver Jean Monnet, *Mémoires*, Paris, Fayard, 1976, p. 342.

Jean Monnet⁵, como él mismo reconoce en sus memorias, fue el disparador de la idea, pero no el único autor del documento que la historia conocería como Memorando Schuman: Etienne Hirsch⁶, Paul Reuter⁷ y Pierre Uri⁸ lo acompañaron y tuvieron, incluso, roles cruciales en la definición de su forma final. Se puede quizás ironizar sobre

ciertos matices promovidos por cierta historiografía sobre rol de esta pequeña vanguardia en los orígenes de la integración europea⁹, pero no se puede sino admirar la determinación, audacia y fantasía con las que estos hombres supieron salir del callejón sin salida señalado por Jean Monnet. A continuación, algunos de sus recuerdos:

Evoqué ante él (Paul Reuter) algunas de mis ideas. Las acogió con tanta inteligencia y entusiasmo que le sugerí que nos encontráramos nuevamente el sábado siguiente, que era 15 de abril (de 1950). Ese día le dí lo esencial de mi proyecto de fusión del carbón y el acero y le pedí que pensara hasta el día siguiente sobre la forma institucional que podría adoptar este proyecto común. El domingo siguiente nos encontramos con Hirsch en Monfort-l'Amaury (pueblo cercano a París, donde se encontraba la casa de Jean Monnet).

Aquel día (domingo 16 de abril de 1950) fue elaborada la primera versión de lo que debía ser la propuesta francesa del 9 de mayo. No sabría precisar, a una distancia que alcanza ya los 25 años, cuál fue la contribución de cada uno de nosotros a aquel texto que dictamos a mi incondicional secretaria, la señora Miguez. Sólo puedo decir que sin Hirsch y sin Reuter, no hubiera adoptado la forma elaborada que hizo de él el verdadero documento de origen de la Comunidad. Yo tenía una visión clara sobre el objetivo, ellos me proporcionaron los medios para alcanzarlo a través de la organización de la economía y de las instituciones para las que imaginaron formas nuevas adaptadas a la dimensión europea.

“La paz mundial no puede salvaguardarse sin esfuerzos creadores equiparables a los peligros que la amenazan. La contribución que una Europa organizada y viva puede aportar a la civilización es indispensable para el mantenimiento de relaciones pacíficas”. Esta introducción subsistirá a través de todas las versiones sucesivas. Para el resto, habrá durante los días subsiguientes muchas variaciones cuya exégesis mostrarían las etapas de nuestra búsqueda (...).

Los objetivos y el método de la Comunidad quedaron fijados desde entonces. Las mejoras ulteriores ya no modificaron más que el estilo y los mecanismos. Lo que me impresiona, releendo este texto, es la claridad de propósito, que no será tan evidente en la versión final: la unión franco-alemana es la preocupación central. Si no se logró de entrada es por los “obstáculos acumulados”. Era necesario comenzar por “la creación de bases comunes de desarrollo económico”, en un principio para el carbón y el acero, luego para otros ámbitos. Sin lugar a dudas, en un primer momento, pensé que la primera inicial que conduciría hacia la creación de una federación europea sería esta unión entre dos países y sólo entre ellos -y que los otros se sumarían más tarde. Finalmente, en la versión original, añadí por la tarde, a mano, que la Autoridad estaría “abierta a los demás países de Europa” (...).

Así, Monnet continúa su explicación sobre cómo se sucedieron las nuevas versiones del documento entre el domingo 16 de abril y el sábado 6 de mayo. En las páginas siguientes retoma el tema de la re-

dacción del documento para aclarar el rol de Uri, que había quedado afuera de sus primeras consideraciones.

Estaba decidido a involucrarlo, pero sólo a él, en nuestro proyecto inicial. Su imaginación, la firmeza de su estilo nos ayudarían. Leyó el texto con su sorprendente capacidad de concentración, que plegaba todas las facciones de su rostro, y dijo simplemente: “esto pone muchos problemas en su lugar”. Y así era: no se trataba tanto de resolver los problemas que se encontraban generalmente en el orden de la naturaleza, sino más bien de hacerlos encajar en un orden más racional, más humano, e invertir su significado para que sirvieran a la paz entre los pueblos. A este cambio rotundo, Uri contribuiría con placer. El proyecto devino más estructurado, el sistema institucional se consolidó: la Autoridad Internacional se convirtió en la Alta Autoridad Común.

(...). Uri dio coherencia al proyecto económico y, por medio de acercamientos sucesivos creó la noción de mercado común, espacio sin obstáculos aduaneros, sin discriminación, pero regulado según el interés general. Introdujo la idea de las disposiciones transitorias. El conjunto ofrecía una impresión de sólida organización y, al mismo tiempo, de finalidad liberal.

Fuente: J. Monnet, *Mémoires, cit.*, pp. 349-352.

Etienne Hirsch, entrevistado en los años ochenta por François Duchêne (periodista de raza, estrecho colaborador de Monnet a partir de 1958 y autor de una muy sutil biografía sobre él), nos da su versión del proceso:

François Duchêne (FD): ¿Las ideas de Monnet eran claras antes de discutir con Ud. y con (Pierre) Uri, o eran más bien confusas al comienzo y fueron tomando forma al fragor de la discusión?

Etienne Hirsch (EH): Las ideas de Monnet eran claras, pero no lo era su formulación.

FD: Y durante la discusión, incluso durante la preparación del plan, Ud. o Uri, ¿no tuvieron dudas? ¿Discutieron cosas que no aparecen en la propuesta, y que fueron transitoriamente descartadas, quizás para reaparecer más tarde?

EH: No se descartó nada. Por el contrario, añadimos cosas.

FD: ¿Por ejemplo?

EH: Por ejemplo, una cosa muy importante, es la idea de que se trata de una primera etapa hacia la creación de una federación europea.

FD: ¿Quién agregó eso?

EH: Fui yo quien habló de una federación europea.

FD: ¿Y Monnet no la había mencionado para nada?

EH: Mire, la idea de federación europea no estaba clara para él.

FD: ¿Ud. quiere decir que siempre ha sido así?

EH: Sí.

FD: ¿Siempre?

EH: Sí.

FD: ¿Desde el comienzo hasta el final?

EH: Siempre he discutido con él...

FD: ¿Él creía más en la marcha que en el resultado final?

EH: Para él, si Ud. quiere, el resultado final estaba más cerca.

FD: ¿Sabe lo que contestó un gran jugador de ajedrez al que se le preguntaba cuántas jugadas proyectaba antes de comenzar una partida? "Una, la mejor". En mi opinión, éste es un poco el espíritu de Monnet. Hay una idea, pero es muy general.

EH: Es muy general. La idea era la reconciliación con Alemania, tener algo en común con ellos en pie de igualdad.

FD: Claro, eso es lo esencial, en pie de igualdad.

EH: Exacto.

FD: ¿Él se resistió mucho a la noción de federación europea?

EH: No. Pasó fácilmente. Para mi sorpresa (ríe).

FD: Y, en aquel momento, ¿no hablaron ni del Consejo de Ministros ni de la Asamblea?

EH: No.

FD: ¿Qué tenían en mente entonces? Porque eso puede parecer una especie de cartel, encubierto bajo una suerte de tecnocracia.

EH: No se trataba de una tecnocracia, se encontraba en un nivel político, y tampoco estaba a nivel de los industriales. De hecho, cuando discutía con los siderúrgicos franceses, su presidente me dijo: "¿Por qué hacer una cosa tan complicada? Sería suficiente con hacer un buen cartel".

FD: ¿Uds. conocían muy bien los carteles?

EH: Sí. Muy bien.

(...)

Fuente: European University Institute - Historical Archives of the European Union, Entrevista de François Duchêne a Etienne Hirsch, 22 de septiembre de 1987; disponible en <http://www.arc.eui.eu/idchn/bin/CreaInt.asp?rc=INT506>.

Y la siguiente es la versión de Pierre Uri, entrevistado por el mismo François Duchêne:

François Duchêne (FD): Entonces, era necesario controlar el Ruhr para poder obtener ese carbón. Este argumento, además de ser válido, ¿ha sido importante en la decisión de lanzar el plan Schuman?

Pierre Uri (PU): Sin lugar a duda, necesitábamos el carbón alemán. Eso está claro. Nosotros no producíamos suficiente carbón.

FD: ¿Y el carbón americano o polaco?

PU: Sí, pero había que pagarlo. Ciertamente teníamos necesidad de ese carbón. Creo que fue un poco más tarde cuando logramos coquizar¹⁰ el carbón de Lorena, que tiene una calidad distinta a la del norte. Finalmente, descubrimos la forma de transformarlo en coque. Pero no estoy seguro de que en los '50 lo supiéramos hacer. Eso fue un poco más tarde. Entonces, como presentación, decir que tendríamos acceso al carbón alemán en condición de igualdad con los alemanes, ¡estaba muy bien! Eso quiere decir que Francia iba camino a la recuperación. La solución racional nos permitía contar con recursos materiales que serían necesarios para desarrollar a pleno nuestra industria. Pero la elección del carbón

y del acero era también una idea política muy linda. Porque este es el nervio de la guerra. El problema es hacer obras de paz, lo que nosotros habíamos escrito en la declaración. Y cuando escribí el preámbulo del tratado, tomé únicamente frases de la declaración Schuman. Y esto da como resultado un texto que es realmente hermoso. Ese preámbulo es muy hermoso. Recuerdo que Wigny, el ministro de Asuntos Exteriores de Bélgica, habló de “esas frases grabadas en el mármol” (...).

FD: Es una declaración muy hermosa.

Pierre Uri (PU): Es una declaración muy hermosa. La primera versión creo que fue escrita principalmente por Hirsch, y rescrita por mí al día siguiente. Sobre todo, fui yo quien introdujo la idea de disposiciones que elevarían el nivel de producción al máximo nivel de productividad. Es la idea de un mercado bien organizado. ¡Pero no un mercado como lo piensa Alain Madelin¹¹ o, por contagio, el señor Chirac! -el mercado, pero con todas las condiciones para que funcione bien.

FD: Algunos economistas, libre cambistas por cierto, me han llegado a decir que el plan no tenía una concepción económica, que en aquel momento había en Francia una política de oferta, una *supply policy*, más que una política vinculada con la demanda, y que nuestras elecciones, en particular sobre el carbón y el acero, no eran muy racionales en función de los recursos franceses. Es decir, que habíamos invertido tanto como Alemania en el carbón y el acero, pero que la dotación francesa no habría impulsado, en un mercado libre, una inversión tan concentrada en el carbón y el acero.

PU: Mire, Francia estaba perfectamente preparada para desarrollar una siderurgia. Y la desarrolló. Luego, bajo la influencia de la cámara sindical se han hecho tonterías, una inversión mal orientada...

FD: ¿Mucho más tarde?

PU: Mucho más tarde. Pero Francia estaba perfectamente bien posicionada para desarrollar la siderurgia. ¿Por qué no lo hizo?

FD: ¡No tenía carbón!

PU: Claro. Lo que sucedió es que la siderurgia moderna estaba en dificultades. La solución racional habría sido importar no el carbón y el mineral, sino directamente la fundición. Lo que importaba era la transformación en productos mucho más sofisticados.

FD: ¿Ud. había dicho eso en los tiempos del primer Plan?

PU: Lo dije en Luxemburgo. No lo había escrito, pero le había dicho a la gente, “puesto que ahora importamos cada vez más carbón porque es menos caro, y mineral porque es más rico, me pregunto si no sería más simple importar integralmente la fundición. Así seríamos muy competitivos con cualquier productor de acero. En cambio el doble transporte grava naturalmente los costos”.

(...)

Fuente: European University Institute - Historical Archives of the European Union, Entrevista de François Duchêne a Pierre Uri, 3 de mayo de 1988; disponible en <http://www.arc.eui.eu/idchn/bin/CreaInt.asp?rc=INT529>.

El documento necesitaba finalmente un portavoz que lo presentara al gobierno francés y su interlocutor más importante, el gobierno de la recién nacida República Federal Alemana. Fue Robert Schuman (1886-1963), quien, en calidad de ministro de Asuntos Exteriores, asumió esta responsabilidad en mayo de 1950. Aunque nacido en Luxemburgo, se había criado en Alsacia-Lorena, por aquel entonces territorio alemán¹², terminando sus estudios de derecho en Berlín, teniendo que esperar 32 años para convertirse en ciudadano francés. De profunda fe católica, había comenzado su carrera política militando en pequeñas formaciones de centro derecha, para confluir después en el *Mouvement Républicaine Populaire* (MRP), partido creado por los líderes sociales-católicos de la resistencia en 1944. No era sólo una

cuestión biográfica lo que generaba en él un interés verdadero y genuino en resolver en manera paritaria, sin revanchismos, la cuestión alemana. Como ministro de Asuntos Exteriores de Francia, tenía la responsabilidad de encontrar una manera para salir del callejón sin salida al que habían llegado las negociaciones sobre el futuro de Alemania, especialmente en lo que se refería a la suerte de las regiones del Ruhr y Sarre.

En este sentido, a continuación se lee el testimonio de Bernard Clappier, jefe de gabinete de Robert Schuman entre 1947 y 1950, hombre de confianza del mismo Jean Monnet, destinado a una larga y brillante carrera como alto funcionario¹³.

Roger Massip (RM): ¿Cómo y cuándo comenzó a participar en la definición de la que sería más tarde la declaración Schuman?

Bernard Clappier (BC): Todo comenzó en Washington, en 1949. Conservo un recuerdo preciso del momento y de las circunstancias.

En septiembre de 1949, poco después de la proclamación de la República Federal Alemana (23 de mayo de 1949), había acompañado a Robert Schuman a Nueva York, donde debía participar de los debates de la Asamblea General de las Naciones Unidas, que se reunía entonces en Flushing Meadows.

En ocasión de aquel viaje a Estados Unidos, Schuman fue a Washington el 15 de septiembre para encontrar a sus colegas

británico y americano. Las reuniones periódicas entre los tres eran ya una tradición. Esta vez se había convenido que los tres ministros de Asuntos Exteriores (Dean Acheson -Estados Unidos-, Ernest Bevin -Reino Unido- y Schuman -Francia) se verían solos, sin testigos. Pero Schuman hablaba inglés muy mal y, por lo tanto, solicitó -y consiguió- contar con la presencia a su lado de su jefe de Gabinete y del embajador de Francia en Washington, Henri Bonnet.

Por lo tanto, yo estaba allí, y pude confirmar las indicaciones que fueron dadas luego del encuentro. Así fue como las cosas sucedieron.

Luego de un panorama que había englobado, especialmente, la situación en Corea y la situación en Yugoslavia (donde el año anterior se había producido el cisma "titista"), Dean Acheson planteó la pregunta: "¿Qué haremos con Alemania?". El secretario de Estado americano agregó: "Propongo que solicitemos a nuestro colega francés, que conoce muy bien los asuntos alemanes, que defina las grandes líneas de la política común que deberíamos seguir respecto a Alemania".

Se produjo un gran silencio. Luego, Ernest Bevin emitió una suerte de gruñido que podía significar sorpresa, descontento, o ambas cosas, y que Dean Acheson fingió tomar como una aprobación. Robert Schuman, manifestó una gran emoción. Su cabeza se enrojeció. Dean Acheson confirmó entonces su proposición. Sus colegas habían encargado a Schuman preparar las propuestas para poner en práctica una política común frente Alemania.

De regreso a París, no pasaba una semana sin que Robert Schuman me preguntara: "¿Y Alemania? ¿Qué debo hacer para cumplir el mandato que me confiaron?" Se había convertido en una obsesión para él.

RM: ¿Cómo intervino Jean Monnet en esta historia?

BC: De la manera más simple. Jean Monnet tenía las mismas preocupaciones que Schuman en relación a Alemania. Lo había comentado ya con algunas personas, y en particular a mí en ocasión de nuestros tradicionales almuerzos. A comienzos de 1950 sus ideas sobre lo que convenía hacer con Alemania comenzaron a tomar forma. A inicios de marzo de ese año me leyó algunas notas que había redactado sobre el tema, algunos proyectos, "borradores" como decía él. Pero no me dejaría el texto, lo que me impidió, desde luego, poner al corriente a Robert Schuman.

Un mes más tarde, alrededor del 10 o 15 de abril, Monnet me preguntó sobre las reacciones de Schuman. "¿Qué piensa él de todo esto, de mis proyectos?". Le contesté advirtiéndole que no tenía más que conocimiento verbal de sus ideas, y que a mi jefe le gustaban los textos escritos que podía estudiar con tranquilidad. Sería entonces entregándole un texto que podría obtener de él una reacción seria.

El "detonador" sería la reunión franco-anglo-americana que debía llevarse a cabo en Londres el 10 de mayo de 1950. La proximidad de esta reunión precipitó las cosas.

Sabíamos que en esta reunión se discutiría un proyecto de inspiración americana aprobado por el gobierno británico y que preveía la eliminación de la autoridad internacional del Ruhr. Esta eliminación correspondía a una voluntad irrevocable de integrar Alemania, comenzando por devolverle su total soberanía sobre la producción carbonífera y siderúrgica.

A finales del mes de abril debía almorzar con Jean Monnet, pero a último momento no pude hacerlo y tuve que cancelar la cita. Convenimos una cita para la semana siguiente. Cuando almorzamos, Monnet me dijo: "Por casualidad, ¿Robert Schuman no se interesa por mis ideas? Me hice la pregunta cuando la semana pasada Ud. canceló nuestro almuerzo. También envié el texto de mi proyecto a Falaize, director del gabinete de Georges Bidault (quien era entonces el presidente del Consejo)".

Luego de lo cual, Jean Monnet me entregó la copia de la nota en cuestión. Según supimos más tarde, ésta había sido guardada por Falaize en un cajón del escritorio de Georges Bidault.

Esto que le acabo de contar sucedió el viernes 28 de abril de 1950. Entregué ese día la nota de Jean Monnet a Robert Schuman, quien estaba a punto de dejar París para pasar el fin de semana en su casa de Scy-Chazelles, en Lorena. Entonces, el ministro se llevó el documento para poder estudiarlo tranquilamente. Cuando lo acompañé a la *gare de l'Est*, el 29 de abril, habiendo leído rápidamente la nota de Monnet, me dijo aproximadamente lo siguiente:

"Veo que en este proyecto hay dos aspectos: un aspecto político y un aspecto técnico. El aspecto político lo asumo yo. ¿Pero el aspecto técnico? ¿Qué piensa Ud.? No piensa que la puesta en común de las producciones de carbón y acero podría tener consecuencias serias y poner en riesgo nuestras explotaciones carboníferas y nuestra siderurgia?" Me ocupé de tranquilizar al ministro. Se trataba de un tema sobre el que ya habíamos hablado con Jean Monnet. Yo pensaba que nuestra industria podía soportar la prueba. Se lo dije a Robert Schuman como si no tuviera la menor duda al respecto. En ese momento, el tren lo llevaría hacia Lorena y yo quedaría solo, bastante preocupado.

Al regreso de este breve viaje, el lunes 10 de mayo, en el auto que nos traía desde la *gare de l'Est*, donde había ido a buscarlo, me dijo: "He leído el documento de Monnet. Bueno, la respuesta es sí".

Apenas llegó al *Quai d'Orsay* (ministerio de Asuntos Exteriores), el ministro solicitó a Jean Monnet que se reuniera con él. Era necesario proyectar lo que haríamos, y el tiempo apremiaba. El 3 de mayo, en el Consejo de Ministros, Robert Schuman dio indicaciones muy vagas sobre la propuesta que pensaba someter a nuestros aliados el 10 de mayo. El 8 de mayo, Dean Acheson se encontraba en París, en camino para el encuentro de Londres. Schuman y Monnet fueron a lo del embajador de Estados Unidos, David Bruce, y se encontraron ese mismo día con el Secretario del Departamento de Estado.

RM: ¿Dean Acheson estaba ya al corriente?

BC: No, no lo creo. Estoy casi seguro de que Monnet no le había dicho nada. Tomó conocimiento del documento y lo aprobó fervientemente: “¡Se acordaron entonces de nuestra conversación en Washington! Muy bien. Es muy importante”.

Ese mismo día Jean Monnet puso al corriente a René Pleven y a René Mayer, y por su puesto, al presidente del Consejo. Georges Bidault, en mi opinión, no había leído el documento que Falaize había dejado en el cajón de su escritorio.

Algunos han pensado que el plan Schuman podría haber sido un plan Bidault si éste hubiera tomado conocimiento del documento, pero yo no lo creo. No creo que haya un “encuentro fallido de Bidault con la historia”, como él mismo escribió. Bidault dio su acuerdo cuando fue puesto al corriente, pero creo que lo hizo porque no comprendió del todo el alcance de la propuesta, lo que implicaba para el futuro. No debemos olvidar que había en Bidault una visión cercana a la gaullista en lo que concierne a las relaciones con Alemania.

Para resumir, diría que el motor de este asunto ha sido la certidumbre de que, si no hacíamos nada, Alemania recuperaría su soberanía completa sobre el carbón y el acero, y que ésta sería una perspectiva peligrosa que era necesario bloquear por completo.

Fuente: Entrevista realizada por Roger Massip a Bernard Clappier el 11 de noviembre de 1980, incluida en el volumen *L'Europe une longue marche*, Lausanne, Fondation Jean Monnet pour l'Europe, 1985, pp. 20-26. La entrevista está reproducida por el Centre Virtuel de la Connaissance de l'Europe, en su biblioteca digital, ver www.ena.lu.

Monnet mismo, en sus memorias, reconoce el peso de las preocupaciones económicas francesas:

Tendría que esperar aun largos meses antes de encontrar la ocasión para actuar de acuerdo a esta línea, que me parecía la única posible. Era demasiado temprano para emprender cualquier cosa con la Alemania de aquel entonces, una nebulosa política cuyo núcleo económico se volvía cada vez más sólido y pesado, pero que estaba sujeta a nuestro control vigilante. Este control, ejercido conjuntamente con los ingleses y los americanos, no dejaba de crear tensiones entre nosotros y nuestros aliados, naturalmente preocupados por desarrollar su “bi-zona” -que englobaba las principales cuencas mineras del Ruhr- con el fin de hacer pagar los gastos de la ocupación a los mismos ocupados. Además, en el marco del plan Marshall, los objetivos de producción debían tender a equilibrar la economía alemana, como a toda la economía europea, en 1952, aunque sin hacerles retomar el camino de la autarquía. Ahora bien, lo que leí en agosto de 1947 en los documentos aliados que me envió (Robert) Marjolin era inquietante: la industria siderúrgica alemana absorbería por sí sola todo el coque del Ruhr, de manera que la producción de acero de Francia y del resto de Europa se encontraría limitada. ¿Cómo alcanzar en esas condiciones el objetivo europeo global? Para salir de esa contradicción, cuyas consecuencias eran inaceptables tanto en términos económicos como políticos, no encontré otra salida que la de proponer fórmulas de una sabia progresividad que vinculasen la recuperación de la industria del acero en Alemania con las exportaciones de coque del Ruhr. Así, podrían mantenerse los objetivos de la siderurgia francesa, que eran la piedra angular del plan (de modernización francés).

Fuente: Jean Monnet, *Mémoires*, cit., pp. 324-325.

Monnet y Schuman (aquí debajo en una foto de la época) actuaron al unísono para contrastar las muchas oposiciones internas y externas al plan. Monnet trabajaba, siguiendo su estilo, en las sombras, Schuman,

oficialmente. Los unía el reconocimiento generalizado de su integridad que, en el caso de Schuman, iba de la mano de un aspecto frugal y modesto.

(...) Schuman, de Lorena, se convirtió en francés recién a los treinta y dos años. Para Monnet, no fue una cuestión de nacimiento -ningún otro lugar podría ser más francés que Cognac- sino de toda una vida entre “anglosajones”. Ambos convencieron a casi todo el mundo de su integridad. El embajador británico, Sir Oliver Harvey, quien había desconfiado de Monnet en 1940, había cambiado de opinión. Schuman, Monnet y Clappier, escribió a su país, son “hombres de buena voluntad, sinceros, desinteresados y patriotas”. Dirk Stikker, el ministro de Asuntos Exteriores holandés, en un principio hostil a la declaración Schuman, fue conquistado en una semana por Schuman porque “tuvo la impresión de que eran gente honesta (...) No se trataba de un francés tramposo”, agregó en buen estilo calvinista. En uno de los almuerzos de Schuman con Monnet y sus colegas en el pequeño comedor de la oficina del plan (de modernización), Monnet de pronto dijo “Ud. cuenta con una gran ventaja. Parece honesto”. Schuman sonrió amablemente con su estilo clerical: “¿Ud. quiere decir, señor Monnet, que no está seguro de que soy honesto?”. “No, no”, dijo Monnet, “no estoy bromeando. Ud. parece honesto. Es una ventaja invaluable para un político. La gente creerá en lo que diga”. Schuman, por su aire amable, ganó un respeto internacional que nunca tuvo el errático Bidault (primer ministro francés en aquel entonces). Monnet escribió más tarde que Schuman y él habían construido una amistad. Algunos colegas sentían que en realidad esa amistad nunca fue muy estrecha. Pero ciertamente llegaron a confiar el uno en el otro. Schuman dijo una vez de Monnet, “(...) es muy obstinado, pero juega limpio”.



Fuente: François Duchêne, *Jean Monnet. The first statesman of interdependence*, New York, W.W. Norton & Company, 1994, p. 200.

La posición de Konrad Adenauer tampoco era fácil. Al igual que Schuman, conocía muy bien la zona cuyo futuro definiría el plan. Adenauer (1876-1967), primer canciller de la República Federal Alemana (1949-1963), había nacido en Colonia, capital de Renania, enfrentándose, entre 1917 y 1933, en su calidad de intendente de la ciudad, con el difundido y violento descontento provocado por la ocupación francesa (1923) y la desmilitarización sancionada por el tratado de Locarno en 1925, a pedido de Francia¹⁴. Si Schuman había participado en la

resistencia, Adenauer había sido opositor al régimen nazi. Tenían nacionalidades distintas (por casualidad) pero sus visiones, sin lugar a duda, se sostenían sobre bases comunes. Adenauer se enfrentaba con las ideas liberales de su todo poderoso ministro de Economía Ludwig Erhard (que tomaría su lugar como *Bundeskanzler* en 1963) y con los no menos fuertes intereses de los patrones de la industria siderúrgica alemana, contrarios a todo tipo de des-cartelización.

La posición de Adenauer era compleja. Albert Bureau, el jefe de la sección francesa del *Steel Control Group* en Alemania, señaló que los industriales del acero se amontonaban a su alrededor. El asesor más cercano de Adenauer, Robert Pferdmenges, era un antiguo miembro de la junta de supervisión de la *Vereinigte Stahlwerke*¹⁵. A mediados de octubre de 1950, Adenauer nombró como ministro del Interior a Rolf Lehr, otro miembro de aquella junta, quien había dado un discurso la semana anterior refiriéndose al plan Schuman como una pantalla de protección para el ineficiente acero francés y proponiendo el cartel preguerra como modelo. Monnet tomó el discurso como una “declaración de guerra” de los barones del Ruhr. Al final, demostró que estaba preparado para aferrarse a su política frente al *lobby* de la industria. Pero durante gran parte del invierno de 1950-1951, no estaba claro que pudiera imponer esta línea aun cuando quisiera hacerlo.

Fuente: François Duchêne, *Jean Monnet. The first statesman of interdependence, cit.*, p. 217.

Después de una presentación crítica de Robert Schuman al Consejo de Ministros de Francia...

“Lo que Schuman dijo a sus colegas pertenece al secreto del Consejo, pero sospecho que fue más elíptico y menos audible que lo habitual”.

Fuente: Jean Monnet, *Mémoires, cit.*, pp. 358.

...y de todos modos, después de la aprobación del Consejo, se le dio publicidad al plan:

“Avanzar”, esto era, según nuestros planes, hacer público por la noche, de forma espectacular, el proyecto discretamente enunciado durante la mañana. En seguida, los periodistas franceses y extranjeros fueron convocados para las dieciocho horas en el salón de l'Horloge de *Quai d'Orsay*, acondicionado como una sala de prensa. En el apuro, olvidamos avisar a los fotógrafos y a la radio -lo que obligó a que Schuman debiera prestarse, algunos meses más tarde, a una reconstrucción de su conferencia para que la posteridad conservase su imagen. Entre tanto, recibimos a los embajadores de los países europeos para ponerlos al corriente del proyecto que sus gobiernos leerían en los teletipos de las agencias antes que éstas pudiesen redactar la noticia. Luego, Schuman entró en el salón de l'Horloge donde aguardaban más de doscientos periodistas. Yo estaba mezclado entre ellos con Silvia, Hirsch, Uri y Fontaine. No estoy seguro de que la voz sorda, vacilante, del ministro los haya convencido en el acto de que eran testigos de un profundo cambio de la política internacional, aunque el tono extraño del preámbulo no dejaba lugar a dudas:

“Ya no se trata de una cuestión de palabras vanas, sino de un acto audaz, de un acto constructivo. Francia ha actuado, y las consecuencias de su acción pueden ser inmensas. Esperamos que lo sean. Ha actuado esencialmente por la paz. Para que la paz pueda verdaderamente tentar la suerte, es necesario primero que haya una Europa”.

Fuente: Jean Monnet, *Mémoires, cit.*, pp. 359.

Estas palabras citadas por Monnet son las que utilizó Schuman como introducción al presentar el plan que lleva su nombre en el salón de l'Horloge, cuya fotografía reproducimos. Como consecuencia del olvido al cual Monnet se refiere más arriba, la fotografía oficial del acto corresponde en realidad a la primera reunión de la ronda de negociaciones de la CECA.



...y aquí, finalmente, la declaración Schuman:

La paz mundial no puede salvaguardarse sin esfuerzos creadores equiparables a los peligros que la amenazan.

La contribución que una Europa organizada y viva puede aportar a la civilización es indispensable para el mantenimiento de relaciones pacíficas. Francia, defensora desde hace más de veinte años de una Europa unida, ha tenido siempre como objetivo esencial servir a la paz. Europa no se construyó y hubo guerra.

Europa no se hará de una vez ni en una obra de conjunto: se hará gracias a realizaciones concretas, que creen en primer lugar una solidaridad de hecho. La agrupación de naciones europeas exige que la oposición secular entre Francia y Alemania quede superada, por lo que la acción emprendida debe afectar en primer lugar a Francia y Alemania. Con este fin, el gobierno francés propone actuar de inmediato sobre un punto limitado, pero decisivo.

El gobierno francés propone que se someta el conjunto de la producción franco-alemana de carbón y de acero a una Alta Autoridad común, en una organización abierta a los demás países de Europa.

La puesta en común de las producciones de carbón y de acero garantizará inmediatamente la creación de bases comunes de desarrollo económico, primera etapa de la federación europea, y cambiará el destino de esas regiones, que durante tanto tiempo se han dedicado a la fabricación de armas, de las que ellas mismas han sido las primeras víctimas.

La solidaridad de producción que así se cree pondrá de manifiesto que cualquier guerra entre Francia y Alemania no sólo resulta impensable, sino materialmente imposible. La creación de esa potente unidad de producción, abierta a todos los países que deseen participar en ella, proporcionará a todos los países a los que agrupe los elementos fundamentales de la producción industrial en las mismas condiciones y sentará los cimientos reales de su unificación económica.

Dicha producción se ofrecerá a todo el mundo sin distinción ni exclusión, para contribuir al aumento del nivel de vida y al progreso de las obras de paz. Europa podrá, con mayores medios, proseguir la realización de una de sus tareas esenciales: el desarrollo del continente africano. De este modo, se llevará a cabo la fusión de intereses indispensables para la creación de una comunidad económica y se introducirá el fermento de una comunidad más amplia y más profunda entre países que durante tanto tiempo se han enfrentado en divisiones sangrientas.

Mediante la puesta en común de las producciones básicas y la creación de una Alta Autoridad de nuevo cuño, cuyas decisiones obligarán a Francia, Alemania y los países que se adhieran, esta propuesta sentará las primeras bases concretas de una federación europea indispensable para la preservación de la paz.

Para proseguir la realización de tales objetivos, el Gobierno francés está dispuesto a iniciar negociaciones según las siguientes bases.

La misión encomendada a la Alta Autoridad común consistirá en garantizar, en el plazo más breve posible, la modernización de la producción y la mejora de su calidad; el suministro, en condiciones idénticas, del carbón y del acero en el mercado francés y en el mercado alemán, así como en los de los países adherentes; el desarrollo de la exportación común hacia los demás países; la equiparación y mejora de las condiciones de vida de los trabajadores de esas industrias.

Para alcanzar estos objetivos a partir de las dispares condiciones en que se encuentran actualmente las producciones de los países adherentes, deberán aplicarse con carácter transitorio determinadas disposiciones que establezcan la aplicación de un plan de producción y de inversiones, la creación de mecanismos de estabilidad de los precios y la creación de un fondo de reconversión que facilite la racionalización de la producción. La circulación del carbón y del acero entre los países adherentes quedará liberada inmediatamente de cualquier derecho de aduanas y no podrá verse afectada por tarifas de transporte diferenciales. Progresivamente se irán estableciendo las condiciones que garanticen espontáneamente una distribución más racional de la producción y el nivel de productividad más elevado.

La organización proyectada, al contrario que un cártel internacional tendente a la distribución y a la explotación de los mercados mediante prácticas restrictivas y el mantenimiento de grandes beneficios, garantizará la fusión de los mercados y la expansión de la producción.

Los principios y compromisos esenciales anteriormente expuestos serán objeto de un tratado firmado entre los Estados. Las negociaciones indispensables para precisar las normas de aplicación se llevarán a cabo con ayuda de un árbitro designado de común acuerdo, cuya misión consistirá en velar por que los acuerdos se ajusten a los principios y, en caso de desacuerdo insalvable, decidirá la solución que deba adoptarse.

La Alta Autoridad común, encargada del funcionamiento de todo el sistema, estará compuesta por personalidades independientes designadas sobre bases paritarias por los Gobiernos, quienes elegirán de común acuerdo un presidente. Las decisiones de la Alta Autoridad serán ejecutivas en Francia, en Alemania y en los demás países adherentes. Se adoptarán las disposiciones adecuadas para garantizar las vías de recurso necesarias contra las decisiones de la Alta Autoridad.

Un representante de las Naciones Unidas ante dicha autoridad se encargará de hacer, dos veces al año, un informe público a la ONU sobre el funcionamiento del nuevo organismo, en particular por lo que se refiere a la salvaguardia de sus fines pacíficos.

La creación de la Alta Autoridad no prejuzga en absoluto el régimen de propiedad de las empresas. En el ejercicio de su misión, la Alta Autoridad común tendrá en cuenta las facultades otorgadas a la autoridad internacional del Ruhr y las obligaciones de todo tipo impuestas a Alemania, mientras éstas subsistan.

Fuente: sitio de la Unión Europea, ver http://europa.eu/abc/symbols/9-may/decl_es.htm.



No hay que olvidar que la oferta, como se deduce del texto, fue extendida a otros países además de Alemania, y que Bélgica, Italia, Luxemburgo y los Países Bajos aceptaron. La forma final del tratado se debe también a ellos. Otro actor relevante que en adelante jugaría un rol importante, aunque externo, en la integración europea fue Estados Unidos. Desde la redacción de los artículos sobre el abuso de

situaciones de monopolio y sobre carteles (arts. 65 y 66), inspirados en la legislación anti-trust norteamericana, hasta las intervenciones para superar las trabas que surgieron durante las largas y difíciles negociaciones que llevarían a la firma del tratado final, fueron muchos los que desde aquel país contribuyeron a la forma final de la CECA.

Epílogo¹⁶

La CECA, como se preveía en el texto del tratado, concluyó en 2002, después de cincuenta años de existencia. Una organización que había sido pensada para instrumentar una expansión generalizada de la demanda en los sectores del carbón y del acero, se encontró administrando, por el contrario, aun con formas y tiempos distintos, los efectos de su reducción.

Pocos años después de la firma del tratado, se iniciaba el lento proceso de reducción de las minas de carbón –un proceso que, aunque dramático en términos de la pérdida de puestos de trabajo, comportó el cierre de establecimientos tristemente célebres, como los de Marcinelle, en la zona del Borinage, en Bélgica, donde, en un terrible accidente ocurrido en 1956, habían muerto 262 mineros, de los cuales más de la mitad eran inmigrantes italianos.

Lo que había sido inicialmente interpretado como una crisis cíclica, fue adoptando un carácter cada vez más estructural con el pasar del tiempo. No se trataba sólo de la competencia del petróleo. El carbón europeo, por la conformación geológica de las minas y por los costos de producción, no podía competir con el carbón producido en otros países. En la segunda mitad de los años ochenta, la CECA inició una política de subsidios selectivos y las minas desaparecieron de muchos países. Al ingresar la República Checa y Polonia en la Unión Europea [2004], la situación se volvió aún más insostenible. Polonia tenía en aquel momento un volumen de producción que superaba el alcanzado conjuntamente por los productores europeos.

La industria del acero, inicialmente promovida por un aumento del comercio intra-europeo, ingresó en 1974 en una crisis de larga duración, marcada por un freno al aumento de producción y una estabilización de las cuotas de producción de cada país.

El acero de la *Tour Eiffel* era poco a poco sustituido por el hormigón de la Brasilia de Oscar Niemeyer y por el aluminio del museo Guggenheim de Bilbao, mientras que nuevas tecnologías *labour saving* hacían su masiva aparición, junto a nuevos productores capaces de producir a costos mucho menores.

La situación pareció recuperarse a partir de la mitad de los años noventa, con un *mix*, diferenciado según los países, de políticas de diversificación, privatización, ayuda estatales e internacionalización.

Sin embargo, el gran orgullo europeo de comienzos del año 2002 (fecha de finalización de la CECA), *Arcelor*, que involucró a grupos franceses, luxemburgueses y españoles, tuvo una vida breve, siendo comprado, en 2006, por la empresa de capitales indios *Mittal*.

En definitiva, los trabajadores en las áreas bajo control de la CECA, que habían sido más de 1.500.000 en 1957, se redujeron, en 2002, aún considerando los británicos, a menos de 300.000.

Las reducciones han sido difíciles y han creado más de una pelea entre la Alta Autoridad y los estados miembros. Estos últimos, cuando lo creyeron necesario, obtuvieron de la Alta Autoridad y, después de la unificación de ésta con las Comisiones de la CEE y Euratom, de la Comisión, permisos para ofrecer ayudas estatales y protección arancelaria. Sin embargo, la reconversión más eficaz no se ha desarrollado mediante la puesta en marcha de estas políticas, sino con la ayuda de la misma CECA, bajo su previsor artículo 56 y, a partir de 1989, con la ayuda de la Comunidad Económica Europea, a través de sus fondos estructurales y sus iniciativas comunitarias -*Rechar* (para la conversión de las áreas carboníferas) y *Resider* (para la conversión de las áreas siderúrgicas). Tampoco se deben olvidar los resultados obtenidos en términos de investigación, aún con escasos recursos financieros, en el área de los procesos productivos relativos a la fabricación de acero, que tantos cambios ha experimentado durante las últimas décadas.

Este año, Essen, en representación de las 53 ciudades que componen la región del Ruhr, ha sido nombrada capital europea de la cultura (*European Capital of Culture*). Desde hace dos décadas, sus establecimientos y sus minas están siendo reciclados como lugares de memoria industrial, de producción artística y de promoción cultural.

Una vez más, fue necesario aplicar la receta probada tantos años atrás con la CECA: modificar los supuestos del problema y encontrar una salida imaginativa que pusiera en el centro de las preocupaciones no sólo los beneficios de los industriales, sino la vida de los hombres y mujeres que hacían funcionar sus fábricas¹⁷.

Notas

¹Utilizamos aquí la versión castellana de los términos alemanes Rheinland y Saar.

²La idea de *Grossraumwirtschaft* (vasta zona de influencia económica) sería discutida por los tecnócratas nazis, como Albert Speer, luego de ocupar las zonas del noreste de Francia, con las autoridades del gobierno de Vichy, en su intento de alcanzar un mercado común en el ámbito industrial. Ver John Keegan, "From Albert Speer to Jacques Delors", en Peter Gowan y Perry Anderson (eds.), *The question of Europe*, London, Verso, 1997, pp. 85-90.

³Como alto funcionario de la Sociedad de las Naciones, se había ocupado, entre otras cosas, de la cuestión del Sarre.

⁴Bernard Barthalay, en la entrevista "Los federalistas en la ruta hacia las elecciones por sufragio universal", incluida en el número anterior de *Puente@Europa*, se refirió a esta misma frase de Monnet; ver *Puente@Europa*, Año VII, Número especial, diciembre de 2009, p. 16.

⁵Anteriormente responsable del *Commissariat general du Plan* francés (1946-1952), Jean Monnet fue el primer presidente de la Alta Autoridad de la CECA (1952-1954). Sobre su vida, se recomiendan: Jean Monnet, *Mémoires*, Paris, Fayard, 1976; y François Duchêne, *Jean Monnet. The first statesman of interdependence*, New York, W.W. Norton & Company, 1994.

⁶Jefe de la división técnica del *Commissariat general du Plan* en los tiempos de Monnet. Cuando Monnet parte para presidir la Alta Autoridad de la CECA, Etienne Hirsch lo sucede como comisario del *Commissariat* (1952-1959). Entre 1959 y 1962 preside EURATOM.

⁷Profesor de derecho en Aix-en-Provence y consultor legal del ministerio de Asuntos Exteriores.

⁸En 1947, ingresa al *Commissariat general du Plan* y trabaja junto a Jean Monnet. En 1952 es nombrado director de la división *Économie générale* de la Alta Autoridad. Juega a partir de allí un rol esencial en el proyecto de mercado común y en las negociaciones de los futuros Tratados de Roma, siendo uno de los principales autores del "informe Spaak". Como experto internacional es autor de informes para las Naciones Unidas sobre un mercado común para América Latina y para Asia. Sobre el mismo tema, ver Pierre Uri, *Desarrollo sin dependen-*

cia, México D.F., Editorial Diana, 1980.

⁹Comenzando con Alan Milward, quien se ha referido a ellos como "enlightened cabal"; Alan Milward, *The Reconstruction of Western Europe, 1945-1951*, Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1986 (ed.orig.1984), p. 395.

¹⁰Proceso por el cual, al calentar la hulla bajo ciertas condiciones, se produce un carbón liviano y poroso, el carbón de coque, cuyas cualidades lo convierten en un elemento fundamental para la alimentación de los altos hornos.

¹¹Político francés, muy orientado al liberalismo económico. Era ministro de industria del gabinete de Jacques Chirac en el momento de la entrevista.

¹²Alsacia y Lorena, adquiridas en la guerra franco-prusiana de 1870-71, serían devueltas a Francia después de la primera guerra mundial, en 1919.

¹³Director de Asuntos Exteriores del ministerio de Finanzas, entre 1951 y 1963; será vice gobernador de la Banque de France entre 1964 y 1973 y su gobernador entre 1974 y 1983.

¹⁴La re-militarización de Renania, llevada a cabo por Hitler en 1935, marcó el inicio de la movilización nazi hacia la guerra. No es casual que, en su intento, fracasado, de promover el Plan Schuman en el Reino Unido (antes de su presentación oficial), Monnet recordara a Stafford Cripps, ministro de Hacienda (*Chancellor of the Exchequer*) del gobierno laborista, entre noviembre de 1947 y octubre de 1950, que los franceses en aquella ocasión no habían querido moverse solos, sino que habían esperado una reacción británica, y que su pasividad había sido fatal para toda Europa. "We shall not make this mistake again" dijo Monnet a Cripps, anticipando la decisión de Francia aun ante la oposición británica; citado por F. Duchêne, *op. cit.*, p. 204.

¹⁵La *Vereinigte Stahlwerke* tenía, en 1938, una producción de acero equivalente a una vez y media la producción total de Francia; ver F. Duchêne, *op. cit.*, p. 216.

¹⁶El epílogo está basado en la obra de Philippe Mioche, *Fifty years of European coal and steel, 1952-2002*, Luxembourg, European Communities, 2004.

¹⁷Sitio web de Essen for the Ruhr.2010 - European Capital of Culture: www.essen-fuer-das-ruhrgebiet.ruhr2010.de/en/home.html.